

el sentido de la historia narrada o el poema, y confía en la agudeza del lector que debe desentrañarlo.

En el relato titulado *Tigre color de luz*, reaparece Santos, pero ya adulto. Vive en Bogotá, escribe cartas a un tal Melitón (*cartas-invocación, cartas-ensueño*) en las cuales se aferra al Coburgo lejano (en el tiempo y en la distancia) y enumera el obsesivo y prolijo inventario de aquel mundo de la infancia que habita intacto dentro de él. Un manejo hábil de los tiempos, un lenguaje preciso y eficaz, logran una atmósfera densa, y todo lo nombrado adquiere un sentido simbólico que parece referido por su imaginaria a aquel universo telúrico de la infancia de Santos o de su álgido ego. Policarpo Varón, como lo descubre éste mismo en el *post scriptum* que antecede al enigmático proemio escrito por Chateaubriand para sus *Memorias de ultratumba*. Este texto, así como la también misteriosa confidencia de Santos o, mejor, el *aforismo*, como lo denomina el narrador: "Deseo una patria..." parecen expresar un sentido más profundo que aquel que se insinúa en el relato. Es como si su texto propusiera dos lecturas diferentes: una, la que ofrece la historia narrada, y otra, un significado oculto en ella y al que es necesario interpretar. De nuevo el recurso de la intertextualidad ofrece a la maestría de Varón la oportunidad de experimentar con nuevos procedimientos narrativos que no sólo por ser novedosos son también válidos, sino que su eficacia y validez puedan ponerse de manifiesto, y por ello recurre a su destreza de escritor para poder ofrecer en su obra el aporte original que la enriquezca en su mismo significado, pues de otro modo un recurso, por novedoso que sea, si no está debidamente integrado al conjunto integral de la obra, no pasa de ser sólo un vano experimentalismo que no logra rebasar los límites de lo formal, y por tanto vacío de un contenido estético, inseparable de la forma en todas las obras auténticas. *El jardín del intérprete*, la última muestra de su narrativa, es la propuesta de

Policarpo Varón para un cambio de enfoque en lo que tiene que ver con las nuevas formas de narrar que toman vigencia hoy en nuestro medio, las cuales parecen alejarse cada vez más de unos objetivos y de unos procedimientos que han constituido siempre la verdadera esencia de narrar. Si no existe en una obra el propósito por parte de su autor de realizar por medio de ella la necesaria transmutación (que se logra sólo realizar en una lucha con el lenguaje) de la realidad visible y cotidiana en la *suprarrealidad* alcanzable únicamente en el arte, esta no pasará de una simple *crónica*, copia fiel de un suceso que bien puede ser real o simulado, algo que pasó o que está pasando. Esto último referido de nuevo a una modalidad narrativa que ha surgido ahora, la cual renuncia de antemano a una búsqueda del lenguaje a través del cual los seres y el mundo en que éstos se mueven adquieren el relieve que reclama la ficción auténtica para que no sean sólo seres unidimensionales, provistos de un nombre y de unos rasgos generales, simples objetos de una anécdota. La madurez y destreza de un escritor como Policarpo Varón ofrecen en este libro de relatos lo mejor de ellas, tanto por su calidad literaria como por la validez estética de su propuesta.

ELKIN GÓMEZ

Entre la dignidad y el absurdo

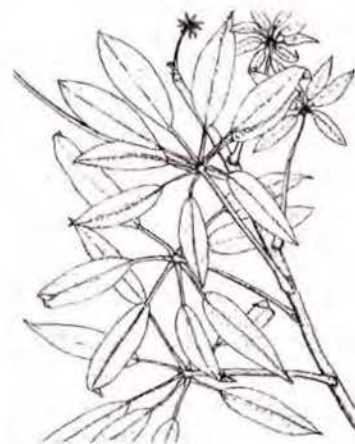
La orilla del medio

Hugo Niño

Trilce Editores, Bogotá, 1997. 82 págs.

La orilla del medio... Título interesante, no hay duda. Ya de por sí, plantea un desafío, asume una posición. Se diría que con tal título se busca un lector; ese lector único que tiene cada libro, como decía Borges, capaz de comprender sus secretos y

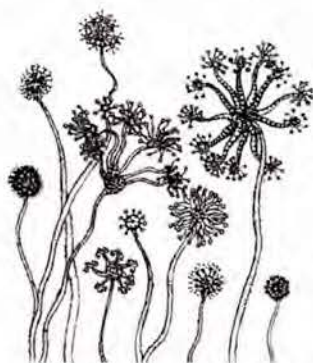
extasiarse ante sus misterios. Del mismo modo que una intelectual leyendo solitaria en un café, o una aspirante a modelo frente a la puerta de un gimnasio, utilizan a Proust o la minifalda, según sea el caso, para declarar cuál es el tipo de compañía que les interesa, este libro utiliza su título para manifestar cuál es la clase de lector que solicita. Y el lector que prefiere es sin duda aquel que ha descubierto aquel hermoso secreto, antiguo como la arcilla en la que un escriba babilónico narró la epopeya de Gilgamesh, que no consiste en otra cosa, menos sencilla o poderosa, que el hecho de que la literatura alcanza donde la realidad no llega. Decir "imposible" en literatura es tan sólo una declaración de ignorancia o de falta de talento.



Diecinueve relatos componen este libro. Relatos donde se observa una gran economía (mas no tacañería) en los recursos. La sencillez en la prosa sirve tan sólo para equilibrar la complejidad de los acertijos literarios que son varias de sus historias (como el encanto en las mujeres pequeñas, encontramos el atractivo de este libro en lo condensado de su esencia)... Con unas pocas fintas y más de un gancho directo a la mandíbula, el autor espera producir el *knock-out* de que hablaba Cortázar como característica indispensable de todo buen cuento.

Si bien podemos observar los relatos de este libro como una unidad, en el marco de la condición humana que ha sido el gran tema literario has-

ta nuestros días, también es cierto que para un repaso del contenido de estas páginas resulta clarificador dividirlos en varios grupos, ya que en el mismo libro hay cuentos que un análisis, no del todo riguroso, podría clasificar en géneros tan diversos como son el relato histórico y la ciencia ficción, con estructuras que oscilan entre la recta y el laberinto.



Hay relatos que cuentan historias a partir de la historia latinoamericana, como es el caso de *La promesa o En esta orilla*. Hay en ellos no poca dosis de rebeldía. No son los cuentos llorosos a los cuales nos han acostumbrado muchos de aquellos que ven en el pasado indígena un remanso de paz que más allá de los sueños nunca fue real. En estos cuentos, el oprimido se convierte en vengador, y si la venganza no es posible, entonces elige la muerte de su raza antes que la humillación que sabe vendrá inevitablemente. Por ello, en vez de ser una recreación más de una quimera hija de un pasado inventado, es la reconstrucción de una dignidad olvidada. De una dignidad que sin duda fue tan real que se hizo subversiva ante aquellos que se consideraban superiores, por lo que eliminarla de la memoria y el recuerdo fue el primer objetivo militar de la Conquista.

Varios más, entre estos relatos, encuentran su forma casi exclusiva en el humor, tales como son *Número equivocado*, *Instructivo para amarrarse unos zapatos*, *Imprevisiones*; partiendo siempre el humor desde la reelaboración de lo simple. El acto cotidiano de amarrarse unos zapatos; la historia de la Cenicienta,

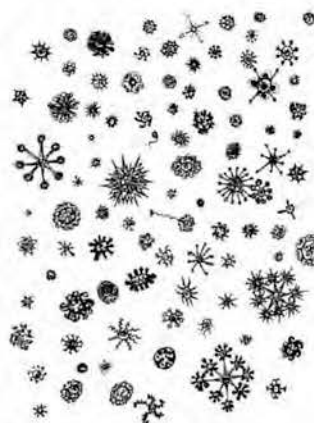
hecha cotidiana por su repetición; el asalto a un banco, parte cotidiana de nuestra vida por la televisión y las películas de acción... Todos, en fin, sucesos a los cuales estamos acostumbrados, pero Niño nos abre un nuevo punto de observación, pequeños giros en la historia que cambian por completo el sentido de aquello que creemos conocer demasiado bien. La sorpresa más pura y simple: aquella que parte de la interrupción de lo obvio, de la transmutación de la rutina.

Otros más, cómo no, vienen de lo fantástico. Oscilando entre la ciencia ficción y la "fantasía-metafísica" está *El inquietante sueño de Hologen. Tercer reporte: 23:15 horas*; una historia de monjas sin cabeza en *Una cita descabellada*, una fábula "a la Fontaine" en *Un camino corto no significa nada*; un breve coctel de física y mística en *Tiempo de espera*; una laxitud inmortal en *Cruces*; la pesadilla urbana de *Sombra de sol*; y varios más, pero todos ellos hijos bastardos, suspendidos en la encrucijada de lo fantástico y lo real, nutriéndose cada uno de los lados de la vecindad del otro para así poder comprenderse mejor, como si se jugara rayuela en la frontera.

Pero hay otra clase de relatos, relatos primitivos, porque su objetivo no es otro que la supervivencia. Son relatos que hablan de luchas cotidianas, de la necesidad de obtener comida, techo y fuego. Son relatos que parten de las obligaciones contraídas con la corporeidad. Son relatos, en fin, donde el lastre es el vehículo a cimas elevadas. Luchas de cazadores y leñadores por satisfacer las necesidades de su familia, pero aún más, y es allí donde entra su trascendencia, por probarse a sí mismos su propia dignidad al vencer las necesidades impuestas por la naturaleza, jugando en el propio terreno de ésta. Es, pues, en lo cotidiano donde el hombre encuentra el camino no sólo a la cumbre de su propia humanidad, sino también su hombría, su libertad más allá de las cadenas impuestas por el solo hecho de existir.

Los relatos de este libro oscilan entre la dignidad y el absurdo. O

mejor aún, muestran la dignidad que puede nacer del absurdo, de esa aceptación de vivir en medio de un universo donde no parece haber respuestas para las más importantes preguntas. Lo cotidiano es desmascarado escondite de lo insólito, disfrazado de simple por la fuerza de la costumbre. La realidad desmascara siempre en la fantasía, quizás porque la fantasía misma es la única manera de comprender la realidad. Y todo ello contribuye a que algunos de los relatos de este libro consigan dejar al lector desorientado, como aquel que descubre que un mapa puede colgarse de cabeza sin alterar por ello su sentido, pues la orientación del mismo no es nada más que un acuerdo social, posible entre muchas otras realidades posibles.



Es en fin, un libro que provoca la extrañeza. Esa sensación de que lo más conocido no es de ningún modo la única posibilidad, de que lo más obvio no ha sido ni será explicado, recordándonos que la fuerza de la costumbre de nuestras vidas en aquello que llamamos "realidad", no basta para aceptarla como única Señora de la Vida, y que si la realidad no parece tan absurda como la fantasía de un ser delirante es tan sólo por la elección de la miopía. Esto nos recuerda que para experimentar sorpresa por segunda vez al volver a mirar una hoja, sólo hace falta tener los ojos de una hormiga.

ANDRÉS GARCÍA
LONDONO